

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA MORAL É INSTRUCTIVA

BAJO LA DIRECCION DE

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ

SE PUBLICA LOS DIAS 1.º, 8, 15 Y 23 DE CADA MES.

PRECIO: DOS REALES MENSUALES.

Año VII.

REDACCION Y ADMINISTRACION
Barro del Campillo, núm. 15, Granada.

Núm. 35.

SUMARIO.

EL CONDE DE MOLLERUCA, por J. F.—LA COLON-
DRINA, poesia por B. M. D.—UN MAR SIN PUER-
TO, *novela*, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—
EL PESCADOR, poesia por B. M. D.—LA ULTIMA
NOCHE, por X.—SECCION DOCTRINAL, por Enri-
queta Lozano de Vilchez.

EL CONDE DE MOLLERUCA.

(Continuacion.)

—He nacido cristiano, dijo Osmin con voz casi imperceptible.
—¿Es decir que has mentado tu fe?
—Es cierto.
—¿Y ahora? preguntó con ansia Zulima.
—Dios me ha concedido su perdon, res-
pondió el renegado con acento solemne.
—¿Otra vez apóstata!
—No; fuí culpable y estoy arrepentido.
—¿Y nuestro amor?
—Eres muy niña para comprender los de-

beres de esa sublime religion que nos ha de separar para siempre; entre tú y yo media un abismo: un cristiano no puede ser esposo de una infiel.

—¡Oh!

—Los lazos que nos unian han sido rotos, y un mar de sangre lavará mi delito.

—No, gritó la mora delirante, te amo demasiado para consentir en perderte. Soy tu esposa y te seguiré á todas partes.

—¡Imposible! dijo el renegado procurando desprenderse de la jóven que se afianzaba á sus brazos.

—¡Oh! seré cristiana como tú, balbuceó llorando la mora.

—¡Cristiana tú! repuso Osmin aterrado.

—Si, como tú.

—¡Desgraciada! continuó el renegado con amargura. ¿Crees que en tu nueva religion serás esposa mia? Escucha, antes de conocerte habia sido esposo de una jóven, como yo cristiana.

Al pie del altar me fué robada y sucumbí al

puñal de los asesinos pagados por mi hermano. La sed de venganza me hizo renegar. Ahora que estoy arrepentido vuelvo á mí fé y á mi patria. Zulima, Adios.

—No te irás, gritó la jóven y rodeó la cintura del visir con sus brazos.

—Déjame, Zulima.

—Soy tuya, prosiguió sollozando la mora, quiero seguirte y sere tu esclava.

—Entre cristianos está prohibido tener dos mugeres.

—¡Oh cruel! tus palabras destrozan el alma.

—Si hasta hoy he podido engañarme y engañarte acerca de los sentimientos de mi corazón, no debo hacerlo ya. Ha caído el velo de mis ojos y confieso mi delito.

La fe que heredé en mi cuna, ha vuelto á renacer en mí y veo bien claro que Dios me llama otra vez á su grey.

Mañana recobraré mis títulos y resucitaré de la tumba, despues morire cristiano.

—Y yo morire antes, dijo Zulima corriendo frenética hácia la ventana de la estancia que daba á un pequeño saguan.

Osmin la detuvo cuando iba á precipitarse.

—Déjame morir ya que no me amas.

—¡Zulima!

—Ni mora, ni cristiana.

—Todavía puede haber felicidad para tí en la tierra. Otro amor quizás te hará olvidar de mi nombre.

—Osmin, no eres bueno, porque mientes. Me has engañado vilmente, creí en tus palabras creyéndote honrado musulman aun cuando fueses mal esposo. Los cristianos desdeñais los harenes turcos pero sois infieles á vuestras mugeres.

Osmin no cierras esa ventana; es inútil tu celo. Aunque mi impetuosidad te ha revelado el secreto de mi desesperacion, no bastarán todas las precauciones para impedir matarme.

El renegado fluctuaba en un mar de ideas, sin saber como alejarse de aquella mujer cuya pasion podia comprometer su proyecto. La princesa continuó:

—Juro unir mi suerte á la tuya como cris-

tiana, y entonces no solo te amaré cual esposa, sino que te serviré de esclava.

—Zulima, no es posible hoy: mañana cuando convertida á la verdadera religion, comprendas la fuerza de nuestros deberes, podre consentir en lo que me pides.

—No, no, exclamó la mora; llevame contigo, ó con este puñal atravieso mi corazón.

Y la hija de Aben-gamia sacó un afilado cuchillo de entre las franjas de su almohadon, apoyando la punta sobre su descubierto seno.

—Zulima, ten lástima de mí. Acabo de hacerme una confesion sincera de mi pasado, y cual ángel malo quieres desviarme del camino de la salvacion. Zulima, si me amas, apiádate de mi dolor, y no aumentes mi angustia.

—¡Cómo tú has roto el velo de mis ilusiones, tras un fingido cariño que ha llegado á ser esencial á la vida! ¡Cómo te has complacido en arrancar los gemidos de mi corazón herido! .. Yo tambien ahora me vengare implacablemente de tí y de mí: de tí, denunciando al rey y á todos los creyentes tu doble apostasia, y de mí...

La mora no pudo acabar la frase y prorrumpió en sollozos.

—Dios ha hablado, dijo Osmin, y no retrocederé en mi santa mision. Princesa de Lérida, dí á tu padre que dentro de una hora la ciudad estará en poder de los cristianos.

Al volver el rostro Osmin, se encontró con Aben-gamia, el cual habia entrado en la estancia en aquél instante.

—¿Quien entregará la ciudad á los enemigos? dijo el rey con voz serda.

—Arnoldo de Urgel, conde de Molleruca, que ha sido tu visir por espacio de tres años, y que mentia su fé bajo el nombre de Osmin.

—¿Eres tú el traidor? Pues no se cumplirán tus deseos, gritó el Monarca dirigiéndose á Osmin.

—Dios solo puede impedirlo, respondió el apóstata.

La hoja del alfange tocaba el cuello del renegado.

Zulima desvió el brazo de su padre.

—¡Tú también, indigna hija! exclamó el anciano ¡Oh! maldición sobre tí que vendes á tu bienhechor y has engañado á esa niña!

—Rey de Lérida, Dios me juzgará en su día.

—Apártate, Zulima, deja que me defienda. Si pierdo el trono y la vida, ¿quién será tu apoyo en la tierra?

—¡Ah! suspiró la jóven, y acordándose de la confesion del renegado, dijo con acento de rabia:

—¿Es tu esposa la esclava, por la cual diste tus diamantes á Giafar?

—Es la condesa de Urgel, respondió Osmin sin calcular en lo que decia.

—Bien, rugió la celosa mora. Padre, vengate del traidor, prosiguió soltando el brazo de Aben-gamia, yo me vengaré del perjurio.

Y salió de la estancia blandiendo el puñal que todavia tenia en la mano.

El renegado desenvainó entonces su espada, y dando un paso atrás, dijo al rey con voz solemne:

—Aben-gamia, en Fraga salvé tu existencia, y en pago recibí la mano de tu hija. Mi linage es tan ilustre como la sangre real. Te devuelvo á Zulima, pura y sin mancha. Se que un musulman no sabe apreciar el honor de una vírgen y la delicadeza de un caballero; empero un cristiano cumple su deber. Rey de Lérida, déjame en paz; nada te debo.

—¡Tu vida! gritó el monarca colocándose en el dintel de la única puerta que tenia la estancia.

—Mi vida debo defenderla hoy para cumplir el voto que he hecho de colocar el estandarte cristiano en los muros de la ciudad: anciano, déjame el paso libre, ó te mato.

Una lucha entre el viejo monarca y el vigoroso visir no podia ser de larga duracion.

Aben-gamia cayó al suelo atravesado por el acero del renegado, sin que este hubiese recibido la más leve herida.

Continuará.

J. Fernandez.

La Golondrina.

Las golondrinas.
llegan del Africa
pobres viajeras
que no se cansan.

En nuestros techos
sus nidos hallan:
un punto anidan
y luego marchan;

se ván llevándose
sobre sus alas,
las muertas ilusiones
de nuestras almas.

Las golondrinas
vuelven cansadas
cuelgan sus nidos
de mi ventana:

sobre los hierros
posan sus alas
revolotean
entre las matas,

mientras yo canto
triste y mirándolas.
Se irán de nuevo
mas si se marchan,

que vuelvan pronto
porque si tardan
verán secas las flores,
y rota el arpa.

Baltasar M. Dúran.

UN MAR SIN PUERTO

Novela original

DE

Enriqueta Lozano de Vilchez

(CONTINUACION.)

Apenas empezaba á romper el día, cuando Fausto penetraba en su despacho por la puerta secreta que ya conocemos y que comunicaba con el jardín.

Su semblante palido y alterado por el insomnio y por las emociones de aquella noche, se avenia muy bien al papel que debia representar, pues los que iban á verle confundieron facilmente las señales de su crimen con las huellas del dolor.

Aunque cansado y calenturiento, no pensó en dormir, solo ocupó su imaginacion con el modo de arrancar al anciano marqués su consentimiento para formalizar el acta legal que debia instituir á Margarita su heredera universal, cosa que llevó á cabo, como ya hemos visto en uno de los capitulos anteriores, y en prepasarse para asistir á la ceremonia de los magníficos funerales de Elena, en los cuales queria probar su adheccion y respeto á la familia de Maravel, de la cual iba á mostrarse públicamente el único y legitimo representante.

Puso pues el mayor esmero en su traje de rigoroso luto, y esperó la hora para subir al carruaje y dirigirse á la iglesia donde estaba encargado de presidir el duelo.

Antes de pasar adelante creemos preciso dar algunos pormenores de la existencia de aquel hombre que tan gran papel viene representando en los sucesos que narramos.

Fausto habia nacido en un pequeño pueblo de la provincia de...

Sus padres, acomodados labradores, cifraron en el niño todas las esperanzas, todo el amor de su vida, y esta exajerada ternura estaba harto justificada pues aquel hijo, único fruto de su union, demostraba en sus primeros años una inteligencia superior, un talento nada vulgar.

Fausto creció mimado y alhagado por todos los que le rodeaban, y sin que nadie opusiera en su

infancia dique á su voluntad ni freno á sus caprichos.

El niño adulado de este modo, se creyó superior á sus honrados padres, y esta creencia se arraigó mas en su pensamiento, al ver que los autores de sus días juzgaron poco para él la posicion que ellos habian ocupado, su tranquilo bienestar, la vida del campo en fin, y se decidieron á mandarle á la ciudad para que empezase sus estudios, camino para él de una brillante posicion.

Nuestro hijo vale mucho, decian á menudo, nuestro hijo vale mucho para vejetar en una pobre aldea. Dios le ha dado un ingenio notable y es preciso que lo aproveche, que sea algo en el mundo.

Pobres corazones amantes y leales! santas y engañosas ilusiones del cariño paternal; anhelos infinitos, ilusiones apoyadas en el exceso de la ternura; cuantos males, cuantas decepciones, cuantas amarguras habeis traído á veces en pos de vosotras! cuantas ingratitudes han sido en el mundo vuestro premio!

Meran salió de la casa paterna llena la mente de deseos, lleno el pensamiento de exajeradas pretensiones, pero sin una lágrima en los ojos, sin un latido de pesar en el corazón.

Su padre se quedaba afligido, su madre llorando, pero ¿qué importaba aquel duelo? ¡él iba á gozar, á buscar una fortuna, á gastar el fruto de muchos años de trabajo y economía, esto era todo!

Sus primeros pasos en el camino de la ciencia fueron brillantes y aprovechados.

Ya hemos dicho que poseia una inteligencia superior.

Pero bien pronto, y adormecido con aquellos primeros triunfos conseguidos tan facilmente, empezó á creer, que para saber, no era preciso estudiar, que solo se necesitaba para seguir adelante en el camino de la vida, mucho atrevimiento y mucha audacia. Con esta creencia, las horas de estudio fueron trocadas por horas de abandono, y las diversiones ocuparon el lugar de los libros.

Fausto hizo amistad con algunos calaveras de la misma indole, llevándole de fiesta en fiesta, de garito en garito, le hicieron invertir en ello el tiempo destinado á crearse un porvenir, y el dinero que sus padres le mandaban, cediendo á sus continuas peticiones.

Bien pronto, y con este sistema, los ahorros se consumieron, y las necesidades del jóven se aumentaron.

—Me falta poco para conseguir el objeto apetecido, decia á los honrados labradores, me falta poco, y es imposible volver atras; un esfuerzo mas y todos seremos felices.

Los corazones honrados son sencillos y leales, y se dejan engañar fácilmente por que son incapaces de toda ficción.

Las palabras de Fausto eran creídas, y los ensueños de color de rosa dejaban encubierta y velada la tristísima realidad.

Algunas fincas y heredades fueron vendidas, y su producto arrojado en el tapete verde ó derrochado en locas orgías.

La fortuna se asemeja á veces á una sarta de perlas: una vez roto el hilo, las cuentas ruedan una tras otra, hasta que todas se escapan de nuestras manos.

Tras las primeras suertes de labor, se vendieron las segundas, y así sucesivamente todo el modesto caudal se trocó en nada en pocos años.

Cuando los amigos y vecinos del pueblo censuraban su conducta, ó les aconsejaban otra mas cuerda.

—Nuestro hijo, está á punto de terminar su carrera; entonces nos iremos á vivir á su lado, y nada nos hará falta, tiene grandes esperanzas que veremos realizadas, excelentes y poderosos amigos, con los cuales está obligado á alternar hoy, y por eso nos gasta algo mas, pero en siendo el rico, ¿para qué queremos nosotros nada, si con él lo tenemos todo?

Los amigos callaban: no querían ó no se atrevían á turbar aquella dulce confianza, y el antiguo patrimonio de la familia de Merán seguía pasando á manos extrañas.

Fausto, con todas las apariencias, con todas las necesidades de un gran señor, no poseía nada ya.

La herencia paterna se había consumido en poco tiempo, y sus padres tenían solo la indignicia y la miseria por compañeras de la vejez.

Cuando las exigencias del joven no pudieron ser satisfechas con tanta rapidéz como antes, sus cartas empezaron á ser menos cariñosas y frecuentes, y su padre empezó á comprender aunque vagamente toda la imprudencia de su anterior conducta.

Por desgracia era muy tarde yá, lo había perdido todo! solo les quedaba el amor que tenían á su hijo.

Aquel amor tan lleno de abnegacion y ternura; aquel amor tan indulgente como profundo.

El amor paternal en fin.

Días de amargura y angustia empezaron á reemplazar á los días de paz y alegría: días de dolor sin tregua, y de privaciones sin fin.

Y lo que mas apenaba al buen padre, lo que hacía derramar lagrimas mas amargas á la madre tierna y amorosa, era el no poder acudir á las exigencias de Fausto, era el temor de que algo le

faltase, era en fin el miedo que le inspiraba su suerte venidera.

¡Qué piélago tan insondable de sublimes abnegaciones es el alma de una madre!

La de Fausto, aun creía, aun aguardaba en su hijo.

Lamentaba su desgracia, solo por no poder sostener sus gastos en Madrid; no sufría por sus trabajos, por sus penas propias, sufría por las que Fausto pudiera experimentar, no le importaba carecer de lo mas necesario: hasta de pan y abrigo; pero sus corazón se hacía pedazos al pensar que lo superfluo iba á faltar á su hijo.

Por aquel tiempo, una desgracia nueva vino á aumentar las anteriores amarguras.

Un dolor mas cruel vino á hacer palidecer los otros dolores.

La contribucion de sangre, la horrible ley que separa á la madre del hijo, que arranca al labrador de su campo, al ciudadano de su hogar, vino á llenar de luto á los habitantes de la aldea.

Fausto tuvo que sufrir el destino de los demás, y esperar á que la suerte decidiera si podía continuar en su vida de locuras, ó había de ingresar como soldado en las filas del ejército.

Gabriela, la infeliz madre, creyó morir de pesar ante este solo temor.

Lagrimas, gemidos, quejas dolientes, llenaron aquella pobre casa, donde había reinado el bienestar y la paz.

—Oh! murmuraba la desgraciada en medio de su aflicción: porque no hemos pensado en que podía llegar este momento? Porque no hemos prevenido este terrible mal? ¿Porque no hemos conservado los recursos necesarios para librarle de la suerte de soldado, si soldado le hace la suerte?

El padre le escuchaba con la frente inclinada, pero transido de dolor.

Y á medida que se acercaba el día en que iba á decidirse aquella cuestión, á resolverse aquel problema, el duelo aumentaba, y la desesperacion se apoderaba del corazón de aquellos padres tan desgraciados.

—Yo moriré, si el tiene que marchar á la guerra, decía Gabriela á cada instante. Oh! no, yo no podré sobrevivir á esta pena. Saber que marcha á pie, presa del cansancio, del frío, de las privaciones, saber que acaso va á tomar parte en los combates; que en torno de él silvan las balas, y que está espuesto á morir lejos de su madre, lejos de todo amor, de todo socorro, solo, sin consuelo, abandonado. Ay! yo moriré, yo moriré, si mi hijo es soldado!

Y sus palabras caían como gotas de plomo derretido en el corazón de su esposo, que jamás había vir-

to una lagrima en sus pupila sin correr á enjugarlas, y que ahora se veía impotente para consolar aquel inmenso dolor!

Ocho días antes del señalado para decidir la suerte que iba á caer á los mozos de la aldea; Fausto, obligado por las circunstancias, pisaba el suelo que le habia visto nacer, y al cual tan poco afecto guardaba en su corazón.

Era el anochecer de uno de los últimos días de Mayo.

El joven, elegantemente vestido, y mirando con indiferencia en torno, se adelantaba negligentemente contestando con frialdad á los saludos que aquellos sencillos aldeanos le dirigian.

Con aire de fastidio y disjuto atravesó algunas calles del pueblo, y llegó hasta la puerta de la casa en donde habia nacido, y donde sus honrados abuelos habian pasado la vida tambien.

Con gran sorpresa, otra familia habitaba en aquella morada tan risueña y tan pacífica, algunos años antes.

Apesar suyo, su corazón redobló los latidos, y su voz tembló ligeramente al preguntar por los autores de sus días.

—Ya no viven aquí, le respondieron, habitan hace algunos meses al extremo de la aldea.

—¿Que no viven aquí? exclamó Fausto con asombro? que no viven aquí? pero? porqué?

—Tomal como han vendido la casa, han tenido que dejarla, añadió el hombre á quien Meran interrogaba, han tenido que dejarla, y eso...

El joven no preguntó mas, pero despues de informarse del nuevo domicilio de sus padres, se dirigió á él, con el alma llena de sombríos presentimientos.

Qué significaba aquella mudanza? ¿porqué su madre nada le habia dicho de ella, porqué su padre habia guardado silencio tambien?

Fausto empazó á sospechar algo de la verdad, sus padres se habian arruinado por él, pero aquella verdad lejos de inspirar á su alma un sentimiento de gratitud, una idea de arrepentimiento, solo le produjo una decepcion horrible, un amarguísimo despecho.

¿Era pobre, cuando se juzgaba rico, iba á verse obligado á renunciar á las comodidades y al lujo, cuando la costumbre habia hecho necesarias para él, el lujo y las comodidades!

Aquel pensamiento era terrible.

Necesitaba saber la realidad de aquella sospecha que le torturaba, y aceleró el paso para llegar pronto.

Los que le veían y por casualidad recordaban quien era, no extrañaban aquella prisa; ¿qué hijo no la tiene para abrazar á sus padres, despues de haber estado algunos años privado de su presencia?

Fausto llamó con mano convulsa á la puerta de la casa.

Esta se abrió, y una mujer envejecida por los pesares y cubierta con un modesto traje apareció en el dintel.

Aquella mujer era Gabriela, aquella mujer era su madre!

Continuará.

Enriqueta Lozano de Vilchez

El Pescador.

En frágil barca
vá el pobre padre,
deja la esposa enferma y cinco niños
que de frio se mueren y de hambre.

En pobre choza
casi cadáver
viendo desfallecer á aquellos niños
su vuelta espera la doliente madre.

Surca las ondas
la barca frágil,
de la tormenta que se acerca horrible
la furia arrostra el pescador amante.

Piensa en sus hijos
el pobre padre,
y se oscurecen más las pardas nubes
y rujén más los roncós huracanes.

Por ver su vuelta
los niños salen,
¡pero la barca ven que vuelve sola
porque una ola les dejó sin padre!

Baltasar M. Dúran.

La última Noche.

(Conclusion.)

—¿Y la niña?

—Aquí está cañadita y despierta, porque la he dicho que si la oían te matarían.

—Alzala á ver si alcanza á la ventana.

La mujer alzó á la niña envuelta en un manto. Llegaba al marco inferior de la ventana; el reo sacó el brazo, y con un heroico esfuerzo la sentó en el ancho alfeizar. La criatura no decía nada, pero cuando el reo pudo distinguir claramente su rostro, vió los dos ojos abiertos que le miraban entre cariñosos y espantados. Probó á pasar á la niña por entre las barras, pero no era posible. La acercó cuanto pudo, y acercándose él mas aun, cogió nerviosamente la rubia cabecita, y allá fueron toda su sangre y toda su alma en un solo beso tan silencioso y largo como aquella noche tremenda...

Del extremo sombrío de la calleja salió un rumor de compases secos, pisadas de gente mezcladas con choques metálicos; la ronda. Se detuvo ante el primer centinela; hubo una pausa en el andar de la patrulla. Murmullo de voces de hombre mezclado con toses vigorosas. El reo hizo un supremo esfuerzo y rechazó á su hija.

—Toma la niña y vete, la ronda viene.

La niña bajó hasta los brazos de la mujer, y el reo cayó inanimado sobre el banquillo, tan inanimado como parecía estarlo aquel Crucificado, que seguía mirando al cielo con expresion lastimera y dolorida.

La ronda pasó sin detenerse. Sin duda había huido la mujer sin que la vieran. Otra vez volvió á reinar el silencio en aquel aposento frio, pero parecía que la mujer y la niña se habían llevado de allí algo consolador, y hasta el Santo Cristo abría los brazos pálidos y secos, con mayor y mas desesperado esfuerzo.

Dieron las cuatro. Aquel mañana era ya hoy, el porvenir era presente. Vaga claridad llenó la calleja, como sondeando la profundidad de las sombras primero, mas viva despues. El sol iba levantando

delante de sí nubes de oro que se deshacían en polvo finísimo sobre la dormida villa; algunos millones de aquellos átomos luminosos entraron alborozadamente por la ventana de la improvisada capilla, y se pusieron á librar combate en los rincones con las sombras, como diciendo al reo; ¡lucha y vivirás! Fueron á buscarle.

Cuando traspasó la puerta del cuartel, miró á todas partes, hambrientos los ojos de ver algo que no estaba allí... Al volver la esquina le dió el sol en los ojos... ¡que hermoso era aquel sol á pesar de estar en Diciembre! ¡Qué haces de luz derramaba sobre el camino, haciendo brillar los espinos en los bardales de las huertas, y allá lejos el río, sobre el que flotaban aun las brumas de la noche!

Nada vieron tampoco los ojos hambrientos en el camino. Se formó el cuadro, produciendo un rumor extraño las pisadas de tantos hombres sobre la yerba endurecida por la escarcha, y leyó el ayudante con voz empañada la sentencia del Consejo. El reo miró por última vez al cielo, á las montañas, al río; anegó la mirada en los juegos de luz que el sol hacía en las quebradas y en los altos riscos, sobre el río y los segados terruños, y en las cañadas que salían del valle y conducían á otros horizontes que no debía ver jamás...

Por el camino sembrado de guijarros se vió avanzar á la mujer con la niña en brazos, corriendo á todo correr, sorbiendo, en los ojos asombrados, el grupo negro que se destacaba á lo lejos sembrado de colores vivos... No podía llegar, no llegaría seguramente á tiempo aquella mujer.

El reo la vió acercarse cuando le taparon los ojos con la venda, y una infinita angustia le hizo caer de rodillas. Los diez y seis hombres del piquete cargaron á un tiempo, apuntaron, é hicieron fuego.

El estruendo se cruzó en el camino con la mujer que llegaba corriendo. Se detuvo bruscamente, miró con los ojos desencajados al grupo, lejano todavía, se abrazó fuertemente á la criaturita y cayó de sobre la escarcha.



X.

Seccion Doctrinal.

(CONTINUACION).

El velo blanco.

May un día solemne en nuestra vida, tan grande, tan celestial y tan bello, que los mismos serafines nos le envidiarían, si la envidia tuviera cabida en el cielo.

En él, y por un efecto de la misericordia divina, el alma inocente del niño, más pura aún porque las santas aguas de la penitencia han borrado todas sus faltas, se une á su Dios con más estrecho lazo, y forma un trono de amor inmaculado, donde se asienta, inmortal, infinito y eterno, el Hacedor Supremo de mundos y espacios, de ángeles y hombres.

Una luz más clara alumbrá su mente, un afecto más dulce llena su espíritu, y las plegarias, al brotar de su lábio, ván á espirar entre nubes de incienso ante los pies de la Virgen María, Madre cariñosa de los buenos niños, la cual, sonriendo, les presenta á su hijo,

¡Oh! vosotros, hijos míos, hermosos niños, blancas estrellas del cielo de la vida, sonrientes alboradas de la existencia del hombre; vosotros, que veis acercarse ese envidiable día, con el candor en la frente y la paz en el corazón, ¿queréis que yo os diga la suprema dicha, el bien infinito que en él os aguarda?

¿Queréis que os cuente una por una las gracias que podeis pedir y lograr en este día? ¿Queréis que á la par os muestre los altos deberes que os impone, los pensamientos que ha de inspiraros, los sentimientos nuevos con que ha de inundar vuestra alma? ¿Queréis, en fin, que hable con vosotros algunos instantes al ir á prepararos para vuestra primera comunión? Pues bien, voy á hacerlo, sin ciencia, sin estudios, sin conocimientos casi: ¡Pero vosotros no lo necesitáis! Para que me entendais bastará que me explique en el sencillo lenguaje de mi alma, porque á los niños no debe hablarse de otro modo.

Además, antes de hacer llegar mi voz á vuestros oídos, yo me pondré bajo el amparo de la reina augusta de los Angeles, cuyo nombre brota a cada paso de mis labios y de mi pluma, espontáneamente y sin esfuerzo alguno, como brota una azucena purísima en un puñado de mezquina tierra.

Ella, bajo cuyo manto, y al calor, del Sagrado Corazón de su Hijo, he puesto siempre y pongo con más empeño desde ahora mis escritos, mis pensamientos, mis acciones y mi vida entera; estoy segura que me ayudará, y que sonreirá llena de ternura al vernos unidos con un lazo de fé y de amor, yo hablando con vosotros de la excelencia del más alto de los sacramentos, y vosotros escuchándome con inocente corazón.

—Ven acá, Luisita, amor mío; tú que tienes el rostro tan bello como el corazón: yo te preguntaré, tú me responderás, y los demás aprenderán escuchándonos. ¿Ves este velo blanco, tan trasparente como tu alma, tan delicado como la flor de tu pureza? Es para tí para cubrir tu frente de nieve tan pudorosa y tan casta. ¿Ves esa corona de azahar? Con ella vas á teñir tus cabellos. ¡Qué hermosa estarás, hija mía, que hermosa estarás así de rodillas al pié del altar y cercada de incienso!

Pero déjale aún; no le toques todavía, y dime primero ¿Sabes Luisa mia, que antes de embellecer tu cuerpo con esas galas, antes de adornarte con ellas, es preciso que las rosas del pudor y la humildad brillen en tu frente, que la llama del amor divino luzca en tu pecho, que la fé arda en tu corazón, que la esperanza se refleje en tus ojos y la verdad en tus labios? Sí, tú sabes sin duda todo esto; sabes tambien que un Dios grande sobre todas las grandezas, poderoso, inmenso, vá á descender desde el cielo á tus labios, desde el altar á tu pecho; pero dime ahora: ¿qué harás para recibirle? ¿qué harás para poder ser digna de tan divino favor?

—¡Oh! yo no sé! ¿puede una niña tan poco!

—Sin embargo, es forzoso que respondas.

—Pues bien, yo confesaré todas mis faltas, me arrepentiré de ellas, ofreciendo ser en adelante muy buena y amaré mucho á Dios que tanto me ama tambien.

—Eso es lo primero, sí. Mas para hacer esa confesion se necesitan muchas cosas. ¿Las sabes tú?

—¡Oh! sí.

—Dímelas, pues.

—Lo primero es examinar nuestra conciencia, y recordar una por una todas las faltas que manchan nuestra alma, afeándola con una culpa; lo segundo...

—No prosigas, Luisita.

—¿Por qué?

—Porque quiero, ángel mío explicarte el modo de hacer este exámen, que como dices muy bien, es lo primero que se debe practicar.

I.

Dios, que anhelaba la salvacion del hombre que iba á redimir con su sangre, quiso marcarle la senda que debía seguir para llegar hasta el cielo, y le dió una ley sencilla, fácil y segura, cuando apareció grande y potente en el alto Sinaí

Esa ley, significada en diez mandamientos, encierra todos los preceptos, todos los deberes, todas las virtudes que el cristiano debe cumplir, si quiere seguir rectamente el estrecho camino del cielo.

Continuará

Enriqueta Lozano de Vilchez.

Imp. de «La Madre de Familia.» Darro 45.